

La magia de los Reyes Magos

... Esto que os voy a contar sucedió hace muchos, muchos años. Sucedió en un lejano pueblo, perdido entre altas montañas, el día cinco de enero, víspera de la Festividad de los Reyes Magos y noche mágica para los niños...

Había pasado la Navidad, y los niños de aquel pequeño pueblo esperaban impacientes la llegada de los Reyes Magos. Hacía varios días que habían escrito la Carta detallando los regalos que deseaban les trajeran. Cada cinco de Enero, Sus Majestades visitaban todos los pueblos de la Tierra para llevarles a los niños los juguetes a los que se habían hecho merecedores por su buen comportamiento. A quienes no: ¡carbón!

Los mensajeros y los embajadores de los Reyes Magos, al entregar los regalos a los niños, solían hacerles algunas preguntas, entre ellas:

- ¿Qué te gustaría ser de mayor?

Y la respuesta de la mayoría de los niños era la misma:

- ¡De mayor quiero ser Rey Mago!

Esta respuesta de los niños sorprendía a los Reyes Magos, que siempre sonreían por la ilusión que mostraban por ser como ellos.

Un buen día, terminado el reparto de los juguetes por todo el mundo y reunidos en uno de los palacios, hablaban sobre el hecho, así como de la dificultad de que ese sueño colectivo se llegase a realizar, pues solamente tres de ellos podrían cumplirlo. ¿Qué hacer, pues, al respecto?

Mucho fue el pensar y estudiar de los tres hombres sabios para encontrar la solución. Al final, llegaron a la conclusión de que solamente tres de aquellos niños serían Reyes Magos por una noche, si bien esto sería bajo ciertas



condiciones. Solo aquellos tres niños, que cumplieran esas condiciones y requisitos, serían Reyes Magos Suplentes para el caso que algún año, alguno de ellos no pudieran hacer su trabajo.

Al año siguiente, en la misteriosa noche del cinco de Enero, los embajadores de Sus Majestades, junto al montón de juguetes, llevaron un mensaje a todos los niños:

- *Los Reyes Magos hemos escuchado repetidamente vuestro deseo de ser de mayores como nosotros; y tenéis que saber que tenemos poderes para que vuestro deseo se haga realidad. Pero debéis pensar que ello va a ser muy difícil, y solo podréis lograrlo si cumplís las tres condiciones que a continuación detallamos:*
 - o *Primera.- Seréis obedientes con vuestros padres, confiando en sus consejos y mostrándoles todo vuestro cariño con generosidad. Igualmente procederéis con vuestros hermanos.*

- Segunda.- *Respetaréis a todos vuestros profesores, atendiendo con interés a las enseñanzas que os transmitan; y tendréis, con los demás alumnos, compañerismo y lealtad.*
- Tercera.- *Cuidaréis con cariño de todos los regalos que recibáis y, en especial, con el primero que os trajimos de tan lejanas tierras.*

Así lo hicieron saber a todos los niños.

Iban pasando los años, y siempre, en la tarde-noche del mágico día cinco, los regalos llegaban puntualmente a los niños que, por su buen comportamiento durante ese año, se habían hecho merecedores de ellos. Los Reyes Magos, montados en sus engalanados camellos, recorrían las calles del mundo con su mensaje de paz y alegría.

Sucedió, sin embargo, que un invierno especialmente frío, en aquel pequeño pueblo perdido entre montañas, estuvo nevando durante siete días y siete noches, y fue tal la cantidad de nieve caída que a los camellos, que transportaban a los Magos, les fue imposible acceder al pequeño pueblo para llevar los regalos como habían hecho siempre; y los niños, ese año, a pesar de ello estaban esperando la llegada de los Reyes Magos de Oriente.

Ante tan extraordinario contratiempo, nunca antes sucedido, los Reyes Magos se volvieron a reunir en consejo para tratar de solucionar aquel problema jamás planteado antes. Ellos



estaban decididos a que los niños de aquel pueblo, como había sucedido siempre, recibieran sus juguetes el día señalado. Tras mucho hablar, al fin, encontraron una solución: Si no podían llegar al pueblo por tierra, lo harían por aire.

El único problema que quedaba era que ellos, con el paso de los años, que ya se contaban por centenares, habían envejecido, y sus Médicos Sabios les aconsejaron que no era bueno para su salud

arriesgarse en una misión tan peligrosa. Ante esta situación, los Magos decidieron que había llegado la hora de cumplir con el deseo de los niños de querer ser, por un año, Reyes Magos.

Tomada la decisión, llamaron a sus embajadores y les encargaron que se llegasen a ese pueblo aislado por la nieve, y encontraran a tres niños que hubiesen cumplido con las tres condiciones. Ellos serían quienes repartieran esa noche los regalos a los demás niños del pueblo.

Dicho y hecho. Los Embajadores Reales, montados en sus enormes águilas, sobrevolaron por encima de las altas montañas y, amparados en la oscuridad de la noche, consiguieron llegar al pueblo sin que les vieran. A la mañana siguiente comenzaron la búsqueda de los tres niños. Tenían que hacerlo con rapidez, pues los Reyes Magos habían detenido las hojas del calendario para que no llegase la noche del día cinco antes de que tuvieran seleccionados a los tres niños. Fueron casa por casa visitando a los padres, hablaron con el maestro de la única escuela que había en el pueblo, e hicieron que los niños les mostrasen todos sus juguetes. Querían estar seguros de acertar en la elección. Entrada la noche ya tenían los nombres de los tres niños. Ahora tenían que regresar al Palacio Real para informar del resultado de su misión. Las águilas

volvieron a remontar el vuelo por encima de los nevados picos, tomando rumbo de vuelta a casa.

Cuando llegaron al Palacio, los Reyes Magos estaban esperando sus noticias. La pregunta era obligada:

- ¡Habéis encontrado a los tres niños?

La respuesta fue:

- Sí.

- ¿Cómo habían podido comprobar que, en verdad, los niños habían cumplido con lo impuesto?

El que hacía de jefe de los Embajadores les informó:

En primer lugar, sus padres y hermanos nos dijeron que su comportamiento había sido ejemplar para con su familia. Luego el maestro y sus compañeros de clase ratificaron dicha afirmación. Y, por último, al mostrar el primer juguete que recibieron de los Reyes Magos pudimos comprobar que se encontraba en perfecto estado: uno trajo un



caballo de cartón, el otro un muñeco de trapo que representaba un arlequín y el otro trajo un libro. En realidad aquellos sí eran el primer juguete que recibieron la primera vez que los Reyes Magos les visitaron para entregarles un regalo.

Convencidos los Magos de la veracidad del informe, el primer paso ya estaba dado. Eran, sin duda, los tres mejores niños para representarles en aquella experiencia jamás antes acontecida. Ahora tocaba organizar el viaje. Leyeron atentamente todas las cartas remitidas por los niños de aquel pueblo. Tenían que darse prisa, la Noche de Reyes se acercaba rápidamente, y había mucho que arreglar. Una vez reunidos todos los regalos, los Embajadores, nuevamente montados en sus águilas, tomaron el camino de las altas montañas. Llegaron a su destino la noche anterior al cinco de Enero. Había dejado de nevar. Las calles del pueblo estaban limpias, pero desiertas y en silencio. Solamente la luna era testigo de los acontecimientos nocturnos. Acudieron a cada una de las casas de los tres niños elegidos y, tras comprobar que allí todos dormían, depositaron al lado de la cama de cada uno de ellos el traje de Mago que al día siguiente vestirían cuando, por arte de magia, se convertirían en los Tres Reyes Magos de Oriente.

El día anterior a la llegada de los Embajadores, al haber dejado de nevar, las calles habían sido limpiadas por los vecinos, y también habían dejado abierto un almacén para que los Pajes depositaran allí todos los regalos. Junto al almacén, en una tarima elevada sobre el suelo, se podía ver un bonito Belén y tres hermosos sillones tapizados en terciopelo rojo, donde tomarían asiento Sus Majestades los Reyes Magos a la hora del reparto. Todo el conjunto estaba vigilado por Guardias Reales.

El trinar de los pájaros, más alegre que nunca, anunció el amanecer de un día que iba a ser muy especial para los habitantes de aquel pequeño pueblo, pues no era frecuente que en un pueblo pequeño, perdido entre altas montañas, ocurrieran sucesos como los que estaban a punto de suceder allí. El Sol, con una luz especial, comenzó a asomar por entre los picos nevados de las cercanas montañas. Quería, con su inmensa luz, unirse a la mágica transformación que dentro de pocas horas se iba a producir en los tres niños.

Hasta la habitación de los tres niños llegó la diana matutina en forma de sonido de chirimías, mientras una voz, misteriosa pero amable, les decía:

- ¡Pronto! ¡Despertad! ¡Levantaos! *Ha llegado el día en que vuestro deseo de ser Reyes Magos ha llegado* ¡Levantaos!

Rápidamente los niños se levantaron de sus lechos, y vieron ante ellos lo que les pareció un milagro. Sobre una mesa de mármol blanco, cada uno vio la vestimenta real de los Reyes Magos. Uno tenía, sobre la mesa, una reluciente corona, una túnica dorada, una capa de armiño blanco y terciopelo turquesa, así como unos mocasines adornados con piedras preciosas. El otro también tenía una espléndida corona, la túnica de azul cobalto, la capa de armiño blanco y terciopelo rojo; los mocasines nada tenían que envidiar a los de su compañero. El tercero se cubriría la cabeza con un turbante de maravillosa seda con una enorme turquesa en el centro, la túnica sería blanca, la capa de terciopelo negro y unas finas botas de cabritilla.



Una vez pasada la sorpresa, los niños vistieron los ricos ropajes y, mientras las telas cubrían su cuerpo, algo se transformó en sus cabezas. Uno vio cómo le crecía la cabellera color dorado y la barba del mismo color, a otro le creció el cabello y la barba de color blanco, mientras el tercero descubrió su rostro negro y su cabeza carente de pelo. Ante aquella imagen tan fantástica, los ojos les brillaban, por la sorpresa,

como estrellas caídas del cielo en aquel día tan especial.

Ya no eran tres niños de un pueblo perdido entre las montañas: ahora eran Los Tres Reyes Magos de Oriente, aquellos personajes a quienes tanto admiraban y a quienes quisieron parecerse un día. Ahora no tenían hermanos, ni compañeros de clase; ahora solo tenían una misión como Majestades Reales: llevar la felicidad a los niños en aquella noche mágica. Llamaron a sus criados, que celosamente guardaban la puerta de sus habitaciones, y dieron la orden de partir hacia el trono donde debían cumplir con su obligación.

Los tres Niños reyes Magos se reunieron con todo su cortejo a la entrada del pueblo para iniciar la cabalgata que les llevaría hasta el lugar donde harían el reparto de regalos. Había llegado el momento más importante. Este año no habría camellos ni carrozas. Solamente tres hermosos caballos blancos, ricamente enjaezados para aquella ocasión, llevarían sobre sus grupas a los Magos hasta su trono.

A su paso por las calles del pueblo, el Cortejo Real iba siendo escoltado por los niños que, con sus padres, esperaban con impaciencia el momento de recoger los regalos que habían pedido en su carta. Cuando la cabalgata llegó al lugar donde estaba instalado el trono, los Tres Reyes

Magos se acercaron hasta el Belén para adorar la imagen del Niño nacido en un portal. Luego cada uno ocupó su sillón.

El recinto quedó sumido en un profundo silencio entre caras infantiles llenas de impaciencia. Pronto los Pajes, en voz alta, fueron llamando, uno a uno, a todos los niños del pueblo allí reunidos, para que se acercasen hasta los tronos a recoger los juguetes. Nadie, aquella noche especial, notó la ausencia de los tres niños que ahora ocupaban el lugar de los Tres Reyes.

Terminado el reparto, niños y mayores, cansados por las emociones vividas, se retiraron a sus hogares: los niños para disfrutar de sus regalos, y los mayores para seguir con su rutina diaria. Nuestros tres amigos volvieron a sus habitaciones, donde se durmieron como en una sucesión del sueño interrumpido por tan maravillosa aventura. El sueño era profundo.

Mientras, los Pajes retiraron los ricos ropajes y se marcharon, montados en sus fantásticas águilas, para rendir cuentas ante los verdaderos Reyes Magos.

A la mañana siguiente, cuando los niños despertaron, no recordaban nada de lo sucedido el día anterior. En su humilde habitación, en vez de corona y ricos ropajes, uno tenía una bonita bicicleta, otro un colorido juego de Parchís, y el tercero un lote de libros. Sobre la almohada también encontraron los tres, impreso en letras doradas, un bonito cuento que narraba algo ocurrido hacía muchos... muchos años en la mágica noche del cinco de Enero. Cuando se miraron en el espejo, vieron la cara feliz de un niño con un nuevo juguete.

* * *

Y esta es la pequeña leyenda que yo, siendo niño, escuché en labios de un hombre barbudo, que solía visitar los pueblos por aquellas fechas, contando a los niños historias de la Mágica Noche del Cinco de Enero. Yo, a pesar del tiempo transcurrido, no sólo no la he olvidado, como espero vosotros tampoco lo hagáis.



Por la transcripción
José Marín Tortosa
En la Villa de Enguera, verano de 2011